

EL DRAGÓN, RASHÔMON Y OTROS CUENTOS

Ryûnosuke Akutagawa

**Traducción:
Mariló Rodríguez del Alisal
Clara Mie Cánovas**

**Recopilada, anotada y comentada por:
Jay Rubin**

**QUATERNI**

Título original: Akutagawa Ryûnosuke tanpenshu, por Ryûnosuke Akutagawa
Recopilación realizada por Jay Rubin para su obra: *Rashômon and Seventeen Other Stories*

Penguin Books UK, 2006, translated by Jay Rubin.

All rights reserved

Copyright © 2012 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo.

Traducción del japonés: Mariló Rodríguez del Alisal y Clara Mie Cánovas

© Quaterni es un sello y marca comercial registrado

El Dragón, Rashômon y otros cuentos. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-940301-0-9

EAN: 9788494030109

BIC: FA

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Imagen original y cubierta: Antía Queiruga

Diseño de colección y cubierta: Juliana Raigosa Montoya

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Villena Artes Gráficas

Depósito Legal: M-21630-2012

Impreso en España

16 15 14 13 12 (6)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

Índice

Pronunciación y orden de nombres japoneses	VII
Presentación	IX
Cronología.....	XI
Introducción: “Dragón de agua y aire”	XIX
Anotaciones de Jay Rubin.....	XXXIII

El dragón, Rashômon y otros cuentos

UN MUNDO EN DECADENCIA

Rashômon	5
En la maleza de un bosque.....	17
La nariz	33
El dragón.....	47
El hilo de araña	63
El biombo del infierno	69

BAJO LA ESPADA

Memorándum del Dr. Ogata Ryôsai	119
O-Gin	131
Lealtad.....	145

TRAGICOMEDIA MODERNA

Historia de un hombre al que se le cayó la cabeza	177
Puerros	191
Patas de caballo.....	207

LA HISTORIA PERSONAL DE AKUTAGAWA

Daidôji Shinsuke, años de juventud.....	231
El oficio de escribir	257
La enfermedad del niño	271
Crónica de difuntos	283
Vida de un necio.....	295
Engranajes.....	325
Bibliografía	375

Un Mundo en Decadencia

Breve apunte sobre *Rashômon* (Rashômon)

La palabra “Mon” significa “portón, puerta monumental”. La Rashômon (originalmente, Rajômon: puerta exterior del castillo) fue en la Era Heian (el período dorado de la corte imperial) la entrada principal, situada al sur de Kioto. Imponentes pilares servían de soporte a una gran cámara cubierta por una techumbre inclinada, con peldaños de piedra que se abrían delante del impresionante pórtico de la entrada. Durante la época de esplendor de la puerta, la totalidad de la superficie de madera estaba recubierta de laca color rojo bermellón. La amplia avenida Suzaku se extendía hacia el norte desde la Rashômon hacia la entrada principal del Palacio Imperial. Allí residía una pequeña parte de la población estéticamente refinada, descrita en la notable obra literaria del Japón clásico, *La historia de Genji*, de Murasaki Shikibu.

Rashômon está basada en un cuento del siglo XII, y la versión de Akutagawa se sitúa en el decadente final de esa Era, cuando el poder había ido pasando, en gran medida, de las manos de la aristocracia a la clase militar, que precisamente iba a detentar el poder en los siglos venideros. La ciudad, y la propia puerta, acabaron en ruinas. A pesar de su título, la famosa película *Rashômon* (1950) de Akira Kurosawa, apenas tiene que ver con este cuento, exceptuando, quizás, al desaliñado sirviente cuya cínica visión de la naturaleza humana se rechaza en la película y el escenario bajo la puerta donde los personajes de Kurosawa esperan a que escampe, mientras relatan el famoso cuento mostrando múltiples puntos de vista sobre la verdad (véase *En la maleza de un bosque*).

Rashômon¹

Ocurrió un día a la caída del crepúsculo. Un sirviente esperaba debajo de la Puerta Rashômon a que escampara la lluvia.

Bajo el ancho portón no había nadie más que él, salvo un grillo aferrado a un enorme pilar rojo del que la pintura lacada se había ido desprendiendo aquí y allá. Situado en una vía pública tan importante como era la Avenida Suzaku, Rashômon bien podría haber estado protegiendo de la lluvia al menos a dos o tres personas más, probablemente a mujeres con sus sombreros de juncia o a varones con sus tocados de hidalgo. Sin embargo, aparte de ese hombre no había nadie más.

La causa se debía a que la ciudad de Kioto había sufrido en esos dos o tres últimos años numerosas calamidades tales como terremotos, tifones, incendios y hambrunas hundiendo a la capital en una enorme decadencia. Como consecuencia de ello y como bien se refleja en las crónicas de aquella época, la gente derribaba imágenes talladas de Buda y otros objetos de culto religioso despojándolos de la laca y del pan de oro y plata que los recubrían, apilándolos a los lados de las calles para venderlos después como leña. Con la ciudad entera sumida en semejante

1 Los detalles relacionados con este y otros cuentos de ambiente histórico, están comentados en las “anotaciones” que preceden a cada título.

caos y confusión, a nadie parecía importarle rehabilitar la Puerta Rashômon. Zorros y tejones venían a vivir bajo su gastada estructura, y pronto acudieron ladrones y otros delincuentes. Finalmente, se convirtió en una costumbre depositar en la parte superior del portón cadáveres abandonados, lo que hizo que por temor y aprensión nadie se aventurase por sus cercanías a la caída del sol.

Sin embargo, un buen número de cuervos venidos de no se sabía dónde se reunían aquí cada vez con más frecuencia. Durante el día, se podían ver en gran número describiendo círculos mientras graznaban revoloteando alrededor de las altas cornisas de la cubierta. Y cuando el cielo que estaba por encima del tejado se tornaba carmesí al sol del crepúsculo, los cuervos se destacaban como negras semillas de ajonjolí que hubieran sido sembradas a voleo sobre la estructura del portón. Ni que decir tiene que permanecían al acecho y venían a picotear la carne de los cadáveres abandonados en el piso superior. Hoy, sin embargo, no se veía ni un solo pájaro quizás por ser ya una hora tardía. La única señal de su presencia se encontraba en los excrementos blancos que habían dejado en las escaleras de piedra, ya medio derruidas, entre cuyas grietas crecía la hierba.

Embutido en su raída vestimenta de color azul oscuro el sirviente se aposentó sobre el escalón más elevado de los siete que había, esperando a que escampara. Allí se puso a contemplar abstraídamente caer la lluvia mientras se palpaba un enorme grano que le había salido en su mejilla derecha.

Aunque el autor haya escrito al principio que nuestro hombre estaba “esperando a que escampara”, lo cierto es que aunque la lluvia cesase no tenía en realidad ni la más remota idea de lo que iba a hacer.

Normalmente, habría vuelto a casa de su amo pero resulta que hacía cuatro o cinco días que este le había dado “tiempo

libre". Es decir, había prescindido de él. Como ya se ha comentado anteriormente, la capital se hallaba sumida en un estado de decadencia poco habitual. El haber sido despedido por su amo al que llevaba sirviendo durante largos años no era sino la cresta de la ola en un mar asolado por las tempestades. Por lo tanto, en vez de decir que el hombre estaba "esperando a que escampara", sería más adecuado puntualizar que "inmovilizado por la lluvia, se sentía perdido sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse". Por otra parte, el color del cielo hacía aumentar la sensación de desánimo en ese criado de la Era Heian.

La lluvia, que había estado cayendo desde la hora del Mono (las cuatro de la tarde), no daba signos de amainar. Por tanto, nuestro protagonista intentaba pensar en cómo iba a sobrevivir a partir del día siguiente mientras escuchaba el agua repique-teando en el suelo de la Avenida Suzaku, cavilando qué camino tomar... cuando la verdad es que no había nada que pudiera hacer.

La lluvia envolvió entonces la Puerta Rashômon en estruendosos sonidos venidos de lejos. Las tinieblas del anochecer hicieron que el cielo pareciera más bajo: elevando la mirada podía verse cómo el tejado del portón soportaba pesadas y sombrías nubes.

Para hallar el medio de solucionar algo que no tenía aparente solución no disponía en realidad de tiempo suficiente. Y si se quedaba quieto, acabaría moribundo en cualquier esquina o en mitad de la calle. Entonces sería de inmediato traído aquí, a Rashômon, y abandonado en su torre como si fuera un perro. Y si decidiese no reparar en los medios...

Los pensamientos del sirviente siempre se bloqueaban en el mismo punto. Sin embargo, por mucho que se replanteara la situación una y otra vez el "Y si..." se quedaba siempre igual, en un simple "Y si...". Porque aunque se convenciera a sí mismo

de que debía encontrar una forma para salir de esa situación, carecía del coraje suficiente para aceptar la conclusión a la que siempre llegaba: “No hay más opción que convertirse en un ladrón, en un delincuente”.

El sirviente estornudó estrepitosamente y se levantó con aire fatigado. El frío anochecer de Kioto hacía desear un buen brasero para calentarse. El viento, sin ningún miramiento, soplaba con fuerza entre las vigas y hasta el grillo que estaba en uno de los pilares lacados hacía rato que se había marchado a otra parte.

Encogió los hombros estirando al mismo tiempo el cuello del kimono azul marino que llevaba sobre una prenda interior de color amarillo, y echó un vistazo a su alrededor. “Si al menos hubiera un lugar alejado del viento y de la lluvia, lejos de las miradas de la gente donde pudiera pasar la noche y conciliar el sueño, me quedaría aquí hasta el amanecer”, pensó. Fue entonces cuando se fijó en unas escaleras, también lacadas en rojo, que ascendían hacia el piso superior. “Aunque haya gente arriba tan solo serán cadáveres”, se dijo a sí mismo. Cuidándose de que no se le resbalara la espada que portaba a la cintura posó en el primer escalón uno de sus pies, calzados con sandalias de paja.

Han pasado unos minutos... Encaramado en la mitad de la escalera que conduce a la torre de la Puerta Rashômon, el hombre está escrutando el interior de la torre, agazapado como si fuera un gato, mientras intenta contener la respiración. Una luz, que proviene de algún fuego, se refleja en su mejilla derecha. En ella hay un grano enrojecido y lleno de pus, visible entre los pelos de su barba rala.

El sirviente había supuesto sin gran fundamento que las personas allá arriba eran todos muertos, pero después de subir dos o tres escalones más se encontró no solo con que alguien